

COLECCION ARIEL

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL

CUENTOS



SAN JOSE DE COSTA RICA, A. C.
Imprenta Greñas

*Los siguientes cuentos de Urbanejo
Achelpohl se reproducen de varios
cuadernos de EL COJO ILUS-
TRADO de Caracas.*

Diciembre de 1915

APRECIACION

CUANDO el sutil ideólogo de El Castillo de Elsinor* trazó, de mano maestra, el perfil de su antiguo compañero de Cosmópolis, puso por epígrafe las siguientes palabras: "Que la palma de la gloria pura se incline sobre las frentes más humildes;" y, ciertamente, pocos espíritus han entendido mejor la humildad que este buen Urbaneja Achelpohl, ferviente paladín del criollismo y autor de una obra admirable.

El amor a la Naturaleza, nodriza de cien ubres, ha determinado en él aquella rusticidad sin presunción, el culto siempre rendido a la bondad invisible de que nos habla el grave y suave Maeterlinck.

Sencillas, de una sencillez eclógica, son las almas que viven en sus cuentos y paisajes: el gañán de la yunta, vieja y tarda, bajo el oro del sol poniente, cuando un vuelo de campanas, en el crepúsculo, interrumpe el silencio de la hora, y el humo perezoso asciende de los techos lejanos, como la oración de la tarde. El arriero tras su pollino, que conduce una negra urna de través, cuya sombra se proyecta melancólicamente en el

*El egregio autor venezolano Pedro Emilio Coll. (N. del D.)

caminal solitario. La zangarilleja que nos sonríe al pasar, con guiño picareesco, desde el recodo de un cercado, y que alisa sus largos cabellos, como la Reina Mora, al espejo de un pozo florecido de ninfas. El recluta, arrebatado a la gleba y a la ennoblecedora labor, en nombre de una libertad que no transige, para servir de sacrificio estéril en obscura matanza. Los vagabundos, que, en la noche del Nacimiento, camino del poblado, se tienden rendidos sobre los herbazales y sueñan, sueñan con los repiques jubilosos y los cantos de los pastores. Todos estos tipos, arrancados a la realidad, sobre los cuales pesa el Anankè de la vida, cobran un mágico prestigio en las narraciones del escritor insigne.

Otros fueron los tiempos en que estuvo muy en boga la afición a cantar las cosas del campo. Los poetas compusieron odas y pastorelas a estilo virgiliano; y hubo quien logró aprisionar en sus canciones un eco fugitivo de las fiestas galantes, que celebraba en el Trianón la fastuosa corte versallesca. Hoy, merced a novadores audaces, hemos vuelto a contemplar la Naturaleza con ojos simples; y de ahí el que nuestra alma haya vibrado con sinceridad al contacto de la tierra amiga.

Por su originalidad extraña, Urbaneja Achelpohl es un caso único en nuestro resurgimiento literario: tiene estilo propio y propia personalidad. En sus primeros ensayos de acuafortista, como se ocha de ver en *Ojo de vaca*, resintióse un tanto de la influencia de Zola. Libre ahora de toda acción ajena, ocupa en nuestras letras un sitio igual a los que tienen, para su gloria, entre los franceses Federico Mistral, el delicado cantor de Mireya, flor la más pura y hermosa nacida bajo el azul del cielo de Provenza; y en la literatura lusitana, Thrinda de Coelho, autor de aquel sonriente *Idilio Rústico* y de los *Contos e balladas*.

En las marmóreas páginas de *Salambó* reconstruye Flaubert la difunta Cartago. Tal, por medio de sensaciones vagas e imprecisas, Urbaneja Achelpohl, en *Los Abuelos*, evoca a nuestra fantasía todo un pasado de gestas salvajes. Asistimos a la lucha bizarra de la Conquista: los abuelos hispanos avanzan, heroicos y fieros, atraídos por la ilusión del duro metal,

"que Cipango mûrit dans ses mines lointaines."

mientras los astutos quiriquires, antiguos pobladores de la que se llamó encomienda de Salamanca, ciérranles el paso con demuedo;

y la vieja Apacuana, suerte de pitonisa de la tribu, hila en rueca de silencio y dolor su odio precolombino. ¡Bien haya el odio implacable, heredado de los abuelos caribes y que el torrente de los tiempos no ha conseguido extinguir en nuestras almas!

Tiene La Bruja un lejano parecimiento con las historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones, que, para delectación de finos espíritus, escribe Don Ramón del Valle-Inclán. Por sus brujescos maleficios, la señora Nicolasa adquiere tan mala fama en el villorrio que, al decir de personas formales, se chupa el aceite en las lámparas de las iglesias y el ombligo de los recién nacidos, como una vampiresa

El doctor Diego Torres Salado, joven plumario, devoto de Nietzsche, huye cobardeamente, en Nubes de Verano, ante la acometida de un toro, símbolo de la fuerza; en tanto que Agueda, en un suave delirio de amor, se contempla maravillada en los ojos del diestro coleador José, ojos como dos remansos azules. . . . Todo de un humorismo fresco, de flor de urape en mañana de primavera.

EDUARDO CARREÑO.

(El Cojo Ilustrado. Caracas.)

NUBES DE VERANO

I

La mañana brillaba en medio de la luz. La alegría del primer rayo de sol saltaba entre las húmedas hojas. Las chicharras preludiaban una nueva canción. Buscando un bienestar perdido entre los locos balanceos del vals criollo, ardiente como una caricia solar, lánguido como el beso prolongado de la brisa en el follaje, Agueda abandonó el lecho y se refugió en la huerta, una huerta arcaica: jardín sembrado de frutales, donde señoreaba un ciprés centenario y negruzco, lleno de rumores y quejumbres.

Después de una noche de ajetreo, Agueda sentía la piel llena de ardores y ávida de humedad. Su cerebro ansiaba líneas suaves y colores pálidos. El cuerpo reclamaba la libertad amplia del traje familiar y holgado, donde las líneas se abandonan a la habitual morbidez. Suelos los cabellos, negros, sedosos y ondulantes, a medio abrochar el chupín de estrecheces angustiosas, como que se tornaba a encontrar tal cual ella era. En medio de los frescos rosales y esbeltas malvas, caminaba lentamente en una plácida laxitud. De cuando

en cuando una brisa suave, favonios enamorados y acariciadores, alborotaban sobre su frente los menudos rizos y dejaban en su piel ardorosa la sensación gratísima de aguas amortiguadas en estanques, expuestos a la plena luz solar.

Agueda, bajo la bienhechora influencia de la mañana fresca, oliente a huerta florida, se abandonaba a sus pensamientos. Ya calmaba el latir de las sienes y los menudos alfilerazos de que era presa su cabeza, cual si fuese acerico de desposada. Ya no sentía aquella sensación mordiscante de las ballenas ni el diente de las barillas de hierro clavándose en las caderas en el loco empeño de alungar y moldear, según los modelos que encarnaban las damas venidas de Caracas para asistir al baile. Libre, sin ajustes y ahogadizos, se estaba al aire, reparador como una ducha para sus carnes laceradas, en el noviciado de ligas y tirantes que habían mantenido enarcado su busto como crecida vara de lirios, doblegada a las recias arremetidas de los vientos. De aquella noche pasada entre músicas, flores y amables gentes, conservaba la más intensa y duradera de las emociones, algo que la mantuvo a ciegas, como sonámbula en el fulgor de las luces. Inexplicable suceso: ante los ojos de su recuerdo sólo comparecían aquellas señoras y señoritas que habían venido a participar de los festejos y regocijos y se presentaban en su mente en medio de colores vivos, fuertes y ce-

gadores, rojos de púrpura y azules brillantes, eléctricos. Así pasaban a su lado en momentos en que ella desfallecía de emoción y algo inexplicable coartaba el libre arranque de su protesta enérgica contra un hecho que la humillaba y mantenía en estado de inquietante nerviosidad, lejos de toda eutimia. Y abstraída en sus pensamientos, Agueda caminaba lentamente en una plácida laxitud, dejándose acariciar de los favonios, aromados con la flor de los limoneros, de los rosales y de las malvas.

II

Nacida y creada Agueda en una ciudad perdida en el corazón de unos valles agrícolas y criadores, tenía en el alma la sencillez nativa de su pueblo, ajeno a las guachafitas mundanas, bajo una aparente modorra, asiduo, constante y laborioso en la lucha recia de la vida y el progreso. Era aquel el primer baile a que había concurrido Agueda y tenía veinte años; baile de festejos populares con que el elemento gubernamental celebraba el anhelado triunfo de ver convertido al sencillo y manso poblachón en capital de provincia. Para tales festejos habían concurrido gentes de todos los pueblos vecinos y más que todo damas de la misma ciudad de Caracas, buenas y honradas gentes por más que se diga y a pesar de su parisinismo de figurín y de revista; mal de que adolece la familia criolla por sierras y pam-

pas, por hondos valles y altas y esparramadas mesas.

Para Agueda como para su pueblo, aquel baile fué la portalada de una vida nueva y suntuosa. Los pueblos como las niñas tienen su abril florido, y Agueda y su pueblo gastaban sin usura aquellos claros días.

De vuelta del baile, Agueda, quien vivía en una hacienda en las afueras de la ciudad, bajo la techumbre de un caserón, de esos caserones hechos para pasar en ellos todos nuestros años y los años de nuestros hijos y los de nuestros nietos, firmes y sólidos como la obra perdurable de los fuertes, excitada, nerviosa por el percance del baile, padecía uno de esos estados de ánimo en que nada nos viene y acomoda, solicitados por infinitas y extrañas sensaciones que parecían dormir en lo íntimo de nuestro sér y esperaban sólo la hora propicia de hacerse sentir batalladores y tenaces. Para ella la vida se deslizaba bajo la techumbre del hogar, siempre la misma, segura y confiada. Llena de sanas y sencillas alegrías era un manjar dulce y sabroso, gustado entre amiguillas amables y fraternas. Ignoraba—no tenía por qué saberlo—que la traidora se nos pinta mansa, y nos guarda casi siempre una emboscada donde perder lo mejor de nosotros.... Tal eres y tal te debemos vivir! oh, vida! ¿Por qué renegar, si besas, agasajas y maltratas con la misma inconsciencia....?

Y no era para menos la causa de aquel desa-

sosiego, tratándose de Agueda. No porque ella fuese encogida y timorata, huraña y zahareña: nada de eso, pues Agueda, era sencilla y franca y su alma la llevaba clara y transparente; nada, sino porque el caso, para quien no fuese ella, también se presentaría difícil y engorroso de tratar. Allí, en el baile, se había tropezado como lo había previsto, con Diego Torres Salado, joven plumario, a quien los acontecimientos políticos habían traído al pueblo a desempeñar un cargo administrativo; a Diego, ducho, corrido en los asaltos del amor, no en aquel burgo desarrapado, sino en la ciudad más casquivana en cien leguas a la redonda, según la maledicencia rural, y quien, desde que lo había visto en el pueblo, rondaba por las cercanías de la hacienda bajo uno u otro pretexto.

Por las mañanas Diego Torres Salado, se estaba horas y horas con la escopeta echada sobre los ojos, haciendo tiros en el sombreado callejón de la hacienda, por sacar a las palomas de los manchones de tiña que prosperan al arrimo de la savia ajena. Por las tardes a caballo, se presentaba a las mismas puertas de la casa, perdida en la arboleda, allá en el fondo, sobre un estribo de los cerros, que paralelos y ondulantes se perdían en el horizonte como que si no tuviesen fin. Y astuto y matrero, se llegaba a preguntar por el viejo. Meloso halagaba viejos ensueños en aquella alma buena y honrada, que suspiraba, com

la de todo hombre apegado a la tierra, por lo estable y lo arcaico, como que sabe que la semilla duerme mucho tiempo bajo la tierra para poder cuajar y que el árbol crece lentamente.

Dándole a la lengua se estaba allí largo tiempo Diego Torres Salado, escudriñando con los ojos lo interior de la casa por ver si sorprendía a Agueda en alguna ventana o de paso por algún corredor. Y Agueda, discreta, no se dejaba ver ni sentir, y si escuchaba algo de aquellas charlas, se daba tales artes que nadie presentía su presencia.

Agueda, en el sigilo de entornadas puertas y postigos, veía y examinaba a Torres, con ojos y oídos, sin más malicia y suspicacia que las que puede traer encima quien vive en medio de la naturaleza, confiada y tranquila, como que ha de ver todas las mañanas al sol de siempre andarse caminando por los patios, luego llegarse al corredor y subir como una llama etérea y luminosa.

Oía Agueda hablar a Torres y no se hallaba con su fabla en los oídos. Mentaba éste palabras tan nuevas y bravías que, como alelada se quedaba pensando y repensando qué cosa sería aquello de "strong for life" que a cada paso soltaba y que le olía a estopa, a kerosene, a jerigonza de musiú. Sí, tales cosas decía que su padre ponía el grito en el cielo y no comía con las mismas ganas. En vez de chistes y paliques, cuando se paseaba fuman-

do su tabaco por los corredores, soltaba de repente estas letanías:

—Ese Torres Salado está loco. La vida no es una emboscada! Mi amigo de hoy será mi amigo eterno, no mi enemigo de mañana. Los hombres todos vamos unidos hacia un mismo fin. El sol nos calienta por igual. Este Torres Salado, sabe mucho; será una gran cosa, pero, pero, por todas partes ve enemigos....!

Un día en que Agueda se había escondido en unos matorrales, para dejar pasar a su padre y a Torres, que venían a paso de andadura por una calle de la hacienda, oyó que éste le decía:

—Don Manuel! He ahí la dominadora, la mujer! Ay! del que no sabe resistirla....! Perdido para siempre, será el esclavo de sus caprichos; no será nunca un hombre fuerte, dominador y absoluto. Los enérgicos deben desconfiar de ella....! Ah! sin Dalila, cuántas bellas cosas no habría llevado a cabo Sansón.

—Ba! Torres, no crea usted nada de eso. Yo soy un zorro viejo y he destripado mucha gallina, y le digo que no hay nada mejor sobre la tierra que la mujer bajo todas sus formas. Para la paz y para la guerra, la mujer es siempre la mejor compañera.

Y charlando los vió alejarse hasta que el ruido de sus voces y el de las patas de sus caballos no se oyeron más en el bosque.

Una cosa rara pasaba a Agueda con Torres, la de que sus palabras no llegaban a ella sino

en las propias formas de Torres. Cuando le oía, se lo figuraba inmediatamente delgado y amarillento, casi cetrino, algo gibado, con dos ojos vivaces y verdosos y una boca grande y explayada. Vestido de gris, con paltovita a la última moda, y a la cabeza, la camarita encogida de alas y apapelonada de copa.

Aquel Torres, con sus extravagancias y prestigio de mozo listo, que ha corrido muchas tierras y se ha hecho una situación en la política general del país, rompía el equilibrio en la vida apacible de Agueda. Se presentaba de improviso a su atención raro y alucinador. Llegaba en instantes críticos para ella, en el momento en que se comprometía con su primo José, después de un asedio de años y de la complicidad de toda la familia en unos amores puros y primerizos. Más de una vez se habían tropezado sus ojos en la iglesia, en las dulces tardes de María, cuando corren por los campos las brisas aromadas y el viejo ciprés de la huerta se balancea como más que jumbroso. Ya sabía ella a qué atenerse respecto de las visitas a su padre. Evitaba, esquivándolo, un peligro posible para su novio.

Sin querer, Agueda se sorprendía a sí misma muchas veces comparando a Torres con José. Y no cabía paralelo entre aquellas dos vidas. José, alma cándida que se echaba fuera por unos ojos casi azules, herencia de unos abuelos canarios más o menos remotos, mantenía

sobre los pies un macizo tronco. Sus manos eran anchas y fuertes y corría en ellas la soga como una anguila por el agua. Su cabeza se erguía firme sobre los hombros. No equivocaba nunca los senderos. Marchaba sin titubeos por los que le llevaban a la casa y al corazón de Agueda y torcía siempre ante los que pudieran conducirlo hasta el infierno. Era él de los que creen que las cosas deben pasar como están previamente dispuestas y ordenadas. Había nacido para sostener y sustentar; para piedra molar y miliaria.

Su amor era cándido y eterno. Al lado de Agueda, arrellanado en el butaque de cuero pulido por el uso, tomando el fresco en el corredor, pasaba la velada en el dulce empeño de contar las estrellas en el constelado cielo de las noches de junio. Confiaba en Agueda, seguro de que ella lo aguardaría pacientemente, como la vida a la muerte.

Así, en mitad del sendero de sus días, Agueda vió aparecer de improviso lo raro, tentador y alucinante, y bajo esa presión se estaba su alma en los salones del baile, cuando, después de haber danzado a duras penas con José, quien andaba todo estrecho y encogido en la casaca, veía desde su asiento pasar, ufanas, ágiles y graciosas a las locuaces caraqueñas, derrochando el donaire con que avasallan y triunfan en los galantes torneos. Entre luces, músicas y flores aquellas altas damas imperaban. Sus movimientos, sus andares, su gracia

y cortesanía embargaban los ánimos de la juventud bulliciosa y expansiva. La sala la llenaban ellas solas. Sus carcajadas sonoras y cristalinas, poblaban de alegría el aire. En torno de ellas reinaba siempre el grato rumor de un limonero en flor.

Agueda las veía pasar, ligeras sobre los pies, como mariposas y libélulas que se columpian y acarician en la flor de los aires. Todas ellas resplandecían y dejaban una onda gratísima de perfumes tenues.

Agueda se puso en pic: ante ella estaba Torres y la ofrecía el brazo. La boca ancha y explayada de Torres, rebosaba mieles. Agueda danzó ceñida de su brazo y en el oído sonaba su voz como murmurio lejano desgranando una íntima querella. Suplicaba, exigía y envolvía como una llama acariciadora y quemante. Las damas caraqueñas pasaban a su lado y parecía que se inclinaban y suspiraban una gran ternura. Entonces fué cuando sintió Agueda sobre sus labios, un roce ligero, como si una brasa incandescente se hospedara en la rosa de su boca. Le faltó el aire. Dió un traspiés. Quiso protestar y se encontró arrimada al muro del brazo de Torres, quien se inclinaba para recoger el abanico que se le había escapado de las manos. Un rumor de aclamación seguía la onda de perfume que dejaban las caraqueñas al ir entusiastas sobre los ritmos ardientes del vals criollo que finalizaba. Agueda, cohibida, buscó con la vista a su pa-

dre en el grupo de hombres que se aglomeraban a las puertas del salón. No dió con él, pero en un rincón de la sala, achantado en una poltrona, distinguió a José, abismado en la contemplación de los valsantes y quitó los ojos de él, porque semejábale de pronto, en su descortezamiento y urbanización, un monstruo peludo como los arañones de la montaña! ...

En la huerta florida, el ciprés centenario y negruzco, se balanceaba lleno de quejumbres. Agueda a su escuálida sombra, sentada en el banquillo que circuía el tronco añoso, esforzabase en desechar aquellos temores, que purpuraban sus mejillas morenas y provocativas como la fruta que se enmiela al sol.

III

Continuaban los festejos. En el botiquín a la moda que surgió con los humos capitolinos del poblachón, los bebedizos ardientes y mareantes predisponían a la expansión y la alegría, a los ánimos de suyo cachorros, tristonos y apáticos.

Presidiendo una mesita al aire libre, Diego Torres Salado, se empeñaba en hacer apurar una nueva copa a José.

—Le digo, Doctor, que no soy fuerte en la bebida, pues sin excederme me siento mal.

—Con ese cuerpo y esas fuerzas me hubiera bebido yo el mundo.

—Si yo pudiera, quizás le acompañaría, Doctor.

—Esas son no más que ideas. El alcohol es hoy el veneno de la novedad, mañana ya será otro. Lo importante es saber cómo libertarse de sus consecuencias desastrosas. Porque, mi amigo, el venezolano de ahora como el hombre del Norte, por efectos opuestos y contrarios del medio, ve en el alcohol un aliado contra su cachorrismo, su tristeza y su apatía. Busca y encuentra en él al momento la energía que le roba el medio deprimente. Se ampara contra sí mismo. Por eso los pueblos del Norte y los tórridos se atragantan de aguardiente, y sueñan. En el uno los sueños son como los paisajes, brumosos, helados y lunáticos, y en el otro, radiantes y monótonos: es tierra de videntes. La demasiada luz y la falta de ella, producen en las almas los mismos efectos. El hombre se reconcentra y trata de salir afuera.

—Así puede ser, Doctor, pero yo me siento mejor cuando no tengo nada en el cuerpo.

—Eso depende de los temperamentos.

—Mire, Doctor, el mío es de fuego y siempre me siento contento y conforme.

—¿Conforme?

—Sí, señor, cada uno debe arrojarse, como dicen, hasta donde le alcance la cobija.

—Pues, señor, es usted hombre feliz.

—No del todo, pero ahí vamos.

—Es decir, cuando se case estará usted completo.

—Lo mismo.

—Pero, mi amigo, esa Agueda es suntuosa.

—Es una buena muchacha.

—¿Vendrá a los toros?

—Le dije que viniera para tumbarle un bicho.

Así charlaban cuando el sol abrasaba y en las boca-calles terminábase de montar los tranqueros.

La modorra y la tristeza se habían ido lejos. En las boca-calles se aglomeraba la gente y se encaramaban en las empalizadas. Casi toda la calle real estaba dispuesta para correr tras de las pencas. Las ventanas abiertas de par en par semejaban cestas de flores, donde como rosas y claveles plácidos asomaban los rostros de las hermosas. No faltaban espantos de los ojos, bochornos de la especie y el namú circulaba libremente.

Donde se encontraban reunidas las caraqueñas, y preludiaba la música, se hallaba también Agueda. La casa hacía esquina y tenía ventanas a ambas calles. Era una casa alta y espaciosa, databa de la colonia, cuando aquellos valles eran emporio de riqueza y abundancia. Agueda, en una de las anchas ventanas, con el sol sobre los ojos, amparábase de sus rigores con un abaniquillo de palma. Del lado afuera, agarrado a los balaustres, Diego Torres Salado aguantaba el derretir de sus

sesos comiéndose con los ojos aquel durazno melado y buscando las ocasiones de florecer y exponer los tormentos que le ocasionaba su indiferencia y frialdad. Agueda nada oía: de cuando en cuando miraba hacia la calle. Las caraqueñas arrastraban tras de sí el runrunear de limonero en flor. Por instantes Agueda era presa de una gran desilusión: cuanto más veía y trataba íntimamente aquellas damas más se sentía apesadumbrada. No eran aquellas las caraqueñas de que había oído hablar y que ella suponía nacidas para modelo de todas las mujeres. Todo en ellas era como prestado, nada andaba suelto y libre. Las risas, sus miradas, sus palabras, todo como que obedecía en ellas a juego de cuerdas al servicio de un listo titiritero. A la luz del sol como que hasta se desteñían aquellos lindos cutis de simétricos arreboles. Semejábansele blancas rosaleras estropeadas que se deshojan lentamente.

Del lado del toril se levantaba la balumba. Salió con arranque un negro encerado de mucha cerda. Los chiquillos trepaban por las ventanas. Las damas sacaban fuera los bustos y miraban ansiosas hacia el toril distante. No había tiempo que perder; ya estaba encima: Torres Salado se despidió escape para ganar el tranquero en la boca-calle. Falseó una vez, y dos y tres en el empedrado, sin lograr, con el susto, ganar el tranquero, sino a gatas, con los faldones del paltolevita en el cogote y

sin esperanza de reconocer su cámara despachurrada con los pisotones de los que le precedían en la huida.... Agueda lo miró correr aplastado por los suelos como un vil animalejo y lo juzgó perdido; pero luego, al alzar los ojos hacia el coleador, se miró en los remansos azules de José. Entonces sintió y vió lo que nunca había visto ni sentido tan intensamente. José llenaba la calle, crecía, crecía como una montaña; y cuando tiró de la cola y el animal rodó vencido a las patas de su caballo y ante el entusiasmo popular, contempló ella en los ojos de su novio algo grandioso y sublime, como sucede cuando el mar saca soberbio su ancho pecho para inundar la costa que se perfila sinuosa y remota.

LA ZANGARILLEJA

HERMOSA es la ruta. El sol cae de lleno. Corred, zangarillejas! Amor entre las cañas cual felino se prepara a herir. Tened cuidado porque sus flechas son mortales, hacen vivir muriendo. ¿No habéis escarmentado ¡oh! picarescas ebrias de sol y libertad?....

Simplecillo de ti poeta, a quien veo aun correr por el polvoriento camino tras efímera huella. ¿Acaso los pies de la zangarilleja dejan estable señal, cual selvática venadilla? Ama ella la vida vagabunda; no gusta hacerse el tocado todos los días, al espejo del mismo pozo! Andariega como las nieblas matinales va de picacho en picacho, de poblado en poblado. Cuando el amor la rinde se aduerme a orillas del camino o de la clara fuente, cual abeja en el franjeado cáliz de pasionaria. Luego huye, abandona, sin cuidarse del herido corazón. Ama libre y sencillamente como la alada familia. Simple de ti poeta, que te desvives por atraerla al humillo del hogar. Cuando los floridos años se alejen y las carnes desmejoren ¡oh! entonces no la veréis más a la vera del camino o al borde del cristalino pozo o a la sombra de florido guamo. Arrimada a

alguna cocina será paciente animal de carga, semisalvaje. Junto con la juventud irá muriendo en ella, la zangarilleja, el amor a la vía libre y soleada. La ruta irá perdiendo su atractivo, el sol su poder y ¡ay! ni las tupidas breñas la convidarán a las luchas de amor. La alegría no será en su corazón: el hombre habrá matado en ella lo más hermoso y mejor, la bestia, la inconsciencia, la salud del alma.

LA HUMANIDAD DE CERA

Así desató su lengua mi extravagante amigo, aquel mendigo con quien amisté en un atardecer, cuando regresaba contento y dichoso por haber topado en el sendero a Linda-flor. Por aquellos agrestes parajes había familiarizado con aquel extraño hombre. Teníale por un borrachón exéntrico, hijo de buena familia. Pedía como un señor y como un gran señor se desposeía ante la queja de lisiados importunos. A leguas descubriase en él al hombre que había corrido mundo. Su sitio favorito era el pie de la cuesta de las "Tres Marías", donde gozaba de los atardeceres medio escondido entre las peñas, envuelto en las grises bocanadas de humo de su renegrado y pestilente cachimbo. Allí, en dulce quietud, sus ojos vagaban muertos por el valle de la Rinconeta. Su hablar era reposado y a veces doctoral. El semblante lleno de movilidad y expresión. A poco de oírle olvidábase su astrosa figura y prestábasele atención. Su fabla se desató aquella vez familiar y sentenciosa:

"Yo no era entonces un adolescente sino un hombre cabal. Había edificado con mis manos y mis pensamientos. Conocía todos los derro-

teros de la vida. Sobre el puente de la barcosa de las necesidades había dirigido hábiles maniobras para burlar escollos y borrascas. Era un lobo del mar tenebroso y huía del peligro con la sonrisa en los labios. Creía bastarme a mí mismo. Poseerme, ser mi dueño. No confiaba sino en mí y en mi voluntad. Lo que tú no alcances nadie ha de dártelo. Era pues un hombre cabal. Me alzaba, como se alza un nudoso coro, en la soledad de un sendero, envuelto en su negro e imponente verdor. Era, pues, llegada para mí la hora del arriesgar profundo, no viajaría más como el polvo de los caminos, en alas del viento ladrador. Sería como una atalaya sobre el movable horizonte de las peregrinaciones. Recogido en mí mismo, como un gusanillo, trabajaría mi mortaja, la mortaja, en la cual cada hombre tiene el deber y el derecho de envolverse para la eternidad.

En tal estado de espíritu, la casualidad me puso al frente de una gran fábrica de muñecos. Y en aquel arte nuevo para mí, vine a ser el imprescindible, el reformador, el criador de horizontes. Los muñecos de mi casa tenían forma, no eran como hasta entonces, simples caritas redondas con chapas de carmín. Me empeñaba en infundirles almas, en poblar de pensamientos la transparencia de la porcelana, en evocar por medio de actitudes series de emociones. La cera y la porcelana recibían de mí un fluido extraño de vialidad. Mi poder era maravilloso. Los detalles, mi fuerza: ya

eran unos ojos que sonreían, una cabecita que despertaba el deseo de alborotarla a besos, una delgada nariz picaresca o ligeramente ganchuda que predisponía a la burla y a la mofa, un ojo con un párpado caído, malicioso y socarrón, el sonrosado caracol de una oreja que recogía dulces decires o la placidez virginal de una frente. La forma de mis muñecos se dilataba, creaba una nueva humanidad de cera y porcelana. Mi fortuna estaba hecha. Mi nombre, a punto de traspasar las fronteras, y mis muñecos, al ser regocijo de desconocidos pueblos y naciones, los humildes iniciadores de una nueva cultura y civilización; que tales prodigios caben en el poder de la imaginación de los hombres. Pero no era mi destino hacer muñecos ni orientar pueblos. Y aquí comienza la verdadera historia que prometí contaros a propósito de haberos visto besar a Linda-flor, a quien siempre ví, antes de tú llegar, en una sana indiferencia, ni alegre ni contenta recorrer los pintorescos senderos de la Rinconeta. Mas quién sabe si te aguardaba. Sí, todas las tardes salía a las vueltas del camino y miraba y miraba, y exclamaba:

—Mi señor, cuándo has de llegar! Florecieron ya los duraznales y el membrillo salvaje perdió las hojas y se vistió de pomos.

Todos aguardamos. Vivimos en el mundo del misterio. Pienso que alguna vez te envían suspiros en la brisa, que olores desconocidos se afanan en levantar el mirador de tu dicha

o la horca de tus merecimientos. La suerte es varia, los hombres locos y los derroteros desconocidos y sin fin como los pensamientos. Pero volvamos a la historia, de la cual me alejo sin querer, porque todo es reflejo de la vida, y ésta, la vida, hecha está de planos e ideas superpuestos que de continuo nos solicitan, impulsan y extravían.

Mi sueño, mi gran sueño como el que puede abrigar el alma ardiente de un conquistador era crear una muñeca perfecta. Ya no me satisfacían los detalles. No me contentaba con reconcentrar la vida en la comisura de unos delgados labios, en el dulce descolgar de unos párpados, en el rotundo nudo de un ombligo. Quería algo más, mucho más: obtener la muñeca cuasi humana, la hermana menor de las que fueron mi regocijo y encanto. Y trasnochaba en mi gabinete persiguiendo un ideal, que se escurría como una sombra y que a veces palpaba en la claridad visionaria de mi imaginación. Por las mañanas, cuando la luz asomaba a los cristales, mis obreros de paso a los talleres, se empinaban en la punta de los pies y al verme echado de codos sobre la mesa de trabajo, contemplábanme unos segundos admirados. Luego al tropezarlos en el taller algunos me reconvenían cariñosos.

—Va usted a encanecer demasiado temprano. Perderá usted la vista.

Eran todos viejos fabricantes de muñecos. Generaciones enteras de cera y porcelana ha-

bían pasado por sus manos con sus muecas ridículas y sus redondeces hotentotas.

Los entusiastas exclamaban:—Basta hombre, ha creado usted el alma de la muñeca. Antes de usted todas eran iguales. Hoy cada muñeca ha de bautizarse con su nombre propio.

Pero yo dulcemente movía la cabeza sobre los hombros.

Algo, de lo cual no podía darme cuenta, sucedíase en lo más hondo de mi sér. Largas horas pasaba en el taller, metido en un sillón con la cara en la palma de las manos en una dejadez absoluta. Los obreros me examinaban con el rabillo del ojo y cuchicheaban entre sí:

—Sueña, sueña el pobre con la gran muñeca, que ha de crear para la exposición. Bah!, si todas las muñecas son iguales. Rien y lleran lo mismo. Todas abren los ojos asustadas en su vítrea dureza.

Pero yo no quería convenir en que el alma de las cosas está en nosotros mismos. Que la espiritualidad de mis muñecas era mi espiritualidad. Que lejos de mí tendrían tantas almas como por cuantas manos pasaran. Que yo a lo más podía verlas al través de un alma vislumbrada en medio de los coloretos y de las rígidas carnaduras de la cera.

Los obreros comenzaron a verme con cuidado. A juzgarme un sér extravagante y peligroso. Mis horas muertas de abstracción e inmovilidad, mis alegrías repentinas, mis bruscas palabras, la vaguedad de mis respues-

tas, todas estas cosas de continuo distraían su atención y entorpecían la habilidad de sus manos. La muñeca, la gran muñeca ideal, iba poco a poco, según ellos, descalabrando mis sentidos. Respetaban, sin embargo, mis grandes silencios y trataban de hacerme una atmósfera de tranquilidad y quietud en espera de que mi genio se transparentara en la obra magna y maravillosa, gloria de la fábrica y orgullo del taller. Mas la alegría huía de la casa junto con mis gritos de sorpresa y entusiasmo al sorprender algún humano detalle en mis hijos de cera y porcelana. A la hora de salida, sin ruido se marchaban lentamente y descubriéndose respetuosos ante mi abstracción y el mirar vago, sonambulesco de mis pupilas. Pues a cada instante esperaban verme incorporar lleno de mi vieja alegría y correr hacia ellos rebosando el entusiasmo de los primeros días, en el dominio del detalle característico y vital. Pero en vano aguardaban el resplandor milagroso de mi ingenio. Mi taciturnidad aumentaba y grandes muestras de infinito abatimiento sorprendían en mi semblante cada vez que se acercaban a pedirme algún consejo. El decaimiento y la tristeza como un sutil veneno dejábanse sentir en el taller. Todos se contaminaban. Uraño y encerrado en mí mismo creía ver surgir de aquellas manos expertas una ridícula y extravagante humanidad de cera. Tal aparecía a mis ojos el esfuerzo generoso de mis obreros por interpretarme. Lo

irreal era lo que me dominaba, atraía y subyugaba. Sus beatas secas llenas de malicia y murmuración, los soldados con arrogancias de figurín, los prelados panzudos, vivarachos y de hipócrita sonrisa, los pensadores y los hombres de estado o con sus aposturas de un falso jacobinismo o de enigmática seriedad asnal, los truhanes de todos los principios, la humanidad hecha visible en un detalle con todos sus deformadores y añagazas ante el desabrimiento de mi espíritu, figurábase falsa, floración enfermiza de sugestionados y locos. Abominaba lo cierto, lo real, lo positivo. La ecuanimidad había huido de mí. Muertos, empañados mis ojos a la contemplación de la comedia humana única fuente de originalidad y vida. Y la gran fábrica, la que por generaciones había subsistido en mis manos, después de un fugaz vislumbre de prosperidad, amenazaba una total paralización y ruina. Sin embargo, yo interiormente sonreía al ver surgir a la luz de mis ojos enfermos la hija del sueño, la madre de una nueva humanidad. Y levantábame a veces del sillón, dando traspies, con los brazos extendidos, como queriendo aprisionar a la graciosa y perfecta, a la dulce candorosa encarnación de lo ideal. A tales muestras mis obreros quedaban suspensos y cavilantes y las jóvenes aprendices temerosas se apiñaban dispuestas a escapar a mis pasos temblorosos. Y yo era el fuerte, el dueño de mí mismo, el domador, el absoluto! ¡Vanas

palabras, principios sin sentido, majaderías de la necesidad humana!

Paulatinamente ahogábase la vida en el taller. El polvo se apoderaba de los moldes y el ratoncillo familiar roía la cera, el elemento primordial de futuras civilizaciones. Los obreros se sentaban a la puerta, a tomar el sol, a fumar y murmurar. Sólo como una mariposa, como una libélula dorada sobre un campo de manzanillos en flor, aparecía allí en las soledades del taller la hija del amo Camilo, la vaporosa y cándida Camila. Por pasatiempo bajaba al taller! florecían amapolas en las mejillas, claveles en los labios, oscurecía ojeras e iluminaba con un suave rosa anaranjado las corvelas y el desprendimiento de los senos en la diminuta humanidad animadora de rinconeras y repisas. Pasaba junto a mí y sus ojos dorados y brillantes mirábanme temerosos y llenos de tristeza. Fugaz y esquiva huía de mi mirar profundo y enigmático. Sin embargo, a veces creía gustaba de la soledad del taller y de mi compañía. Ella como todos los demás creía en el poder de mi genio y desde el fondo de su admiración contemplábame en religioso silencio. En esos instantes sentía caer sobre mí su mirar fascinador y me conturbaba. Nunca palabra alguna murmuraron nuestros labios en la cual se trasluciera la afinidad de nuestros espíritus. Mas yo estaba plenamente convencido de que ella era la única que me comprendía en el taller y que a una pala-

bra mía vendría a mi encuentro. Y comienzo a explicarme los fenómenos desarrollados en mí. Sin saberlo hacía tiempo había comenzado a mirar la humanidad, la vida al través de los ojos embrujadores de Camila. Librádose había en las esferas independientes de la voluntad una lucha fuerte y tenaz con las existencias ocultas de un hombre que se creía libre y dueño de sí mismo. Ella era el átomo invisible que me detenía y desorientaba en mitad de mi camino. A leyes desconocidas y misteriosas obedecía la casualidad de nuestro encuentro. Ya otra vez habíamos debido viajar juntos por el sendero del misterio, en un mutuo y ardiente deseo de perfección. Y tal fuerza tomaron en mí estas ideas y tal mi convencimiento, que sin que palabra alguna acertase nuestro aparente alejamiento estaba persuadido de que nuestras sombras se confundirían en una sola sombra eterna.

Y fué en una tarde gris, de muchas nieblas fuera, cuando ella se detuvo a mi lado y confiada y tranquila estrechó mi mano en silencio. Yo la recibí en los brazos con una serenidad cordial y al otro día buscáronnos en vano los obreros en el taller.

Soltó mi reservado amigo un profundo suspiro, se volvió y dijo:

“—Algo parecido puede acontecerte. En el mundo nada anda suelto. Viajeros somos de un sendero sin fin. A veces nos detienen en el camino y gastamos toda una vida.”

ANGUSTIA

EN la soledad de las altas y quebradas sabanas, sobre los tendones de tierras planas que arrancan del pie de la montaña, entre cortados por profundos barrancos, se alzan aisladas las humildes viviendas, albergues en su totalidad de depauperados, pisatarios municipales de la ciudad, que cuestan abajo, apiña sus casas altas y garbosas, tiende sus calles anchas y empavimentadas, cierra con barandales de hierro las alamedas rumorosas y las plazas acicaladas, donde sus héroes eternizados en el bronce, en actitudes heroicas demasiado violentas, impetran de la indiferencia pública, un segundo de atención, un fugaz y tierno pensamiento, ya que ellos simbolizan lo mejor de su esfuerzo.

Las viviendas no atestiguan sólo la fealdad de la miseria. Poseen su belleza, la suave y encantadora belleza de las cosas humildes. Poseen lo que escasca en la ciudad, la cautivante, incomparable y sutil seducción del aire, del cielo y de la luz. Cuyo sentido místico parece haberse refugiado todo allí, al huir del afán por Cartago y de la fiebre de la concupiscencia que sopla en las boca-calles, se retuerce al sol y se escurre en la penumbra de los globos eléctricos.

Por las blancas y lechosas mañanas, por las doradas tardes, por los resplandecientes mediodías, a cada hora, a cada instante, la siempre varia y nueva maravillosa apariencia, emanada del aire, del cielo y de la luz, viste la fealdad de las viviendas, hace olvidar la realidad en ellas oculta, la escasez del pan, la desnudez, el llanto de los niños, la aspereza y acritud de las palabras, los golpes, la embriaguez, la brutalidad y el vicio. Todo, todo se purifica á la influencia simple y mágica de los elementos.

Además, la contemplación de las humildes viviendas, pone de manifiesto en cierto modo, el espíritu de los seres que se guarecen bajo aquellas aplastantes techumbres, donde sus cabezas casi rozan las vigas y se miran las estrellas por los intersticios y la humedad de las noches se cuele y agarrota la garganta de las mujeres débiles, de los viejos y de los niños sin abrigo y sin pan suficiente. Ellas como todas las cosas habituales de que se valen los hombres, contienen un no sé qué inmaterial de su personalidad. Hilos sutiles, hilos intangibles, gráciles hilos que sin querer nos unen a los seres y a las cosas en el tráfigo cotidiano del vivir.

Aquellas viviendas eran como un libro abierto a la curiosidad de un niño. Aisladas, adheridas a los tendones de tierras arcillosas y estériles, hacían visible el espíritu de los seres, que asediados y corridos de la ciudad, en una

hora de desesperación o de energía, se detuvieron, allí, anhelantes de un refugio constante a la fatiga y al ensueño. Porque el ensueño es de todos como la paz y la ambición.

Allí desperdigados, cada uno de ellos, era un arcano tan sólo descifrable al ojo hecho a mirar por encima de las techumbres y al través del muro espeso de la vida.

Pocas cosas tenían que envidiarse pues todos eran igualmente feos. Si alguno poseía una teja demás, echaba de menos la hoja de una puerta.

Allí, entre otras, se alzaba la vivienda del arritranquero, con su tendida enramada, donde él, su mujer y sus dos hijos descoloridos, durante horas, sin sonrisas, mudos, cortaban y cosían afanosos, la recia lona del aparejo. Escuetas vidas que se apagan en silencio, sin el brillo fugaz de una débil luciérnaga. En el solar, cercado de espinoso cardoncillo, se re-tuerce afojarado limonero, sin que ave alguna se hubiese detenido jamás en sus menguadas ramas, con un mensaje de sus hermanos que en lozanos verjeles se visten de azahares. Languidece y arruina, como esas pobres almas que nunca percibieron alma alguna que velara junto a ellas.

Sobre otro tendón, como una península, entre barrancos, el cobertizo de un indio viejo, hurraño y montaraz. Con una impasibilidad de piedra, golpea con la coa, la tierra de su estrecho dominio, seguido de una bestiezueta

como él, esquiva, un picure. Y sobre el yermo de los contornos, verdea el esfuerzo tenaz de su rastrojo. En el silencio y misterio de las noches, el tañir de su marimba es plácido como una voz humana desbordando ternuras inefables.

Y antes, mucho antes de llegar a la zona de los barrancos, casi a la salida del poblado, el rancho de la comadrona, que cría marranos y nietos en promiscuidad. Catorce son sus hijos y catorce sus hijas. Es negra y vieja, y no se apea nunca de la boca desdentada el cabo renegrido. Su rancho es el más espacioso y el más miserable. Bajo un cují bravío, los galavardos de sus hijos juegan de continuo a las chapas entre risas y pependencias. Criadero de bestiezuelas que retozan al sol a la puerta de la madriguera.

La de todos más apartada y solitaria en la desolación de la sabana, la del pobre de solemnidad, con la puerta siempre cerrada, como si alma alguna se atreviese a llamar, no da notaciones de vida sino en las horas postreras de la tarde, cuando la noche se extiende lenta y misteriosa. Brilla entonces en su interior una pálida luz. Brilla un instante y se apaga. Un hombre de quien no se puede descifrar la edad, oculta el rostro, que pocos han visto, bajo el ala gacha de un chambergo abollado y subido el cuello, a modo de tapahoca, de un paltó-levita ruinoso, atraviesa con rapidez la sabana y se pierde cabizbajo por las ca-

llejas de la ciudad cercana. Los vecinos le ven venir y pasar como una sombra entre las sombras. En torno a él todo es misterio y leyenda, es como un alma en pena y como un murciélago que se ampara en la penumbra.

Entre algo que fué como un cercado de cepas de betíber y de cocuizas, cuyos mástiles emergen cual cirios floridos, el ruinoso albergue de la mendiga, muestra un dulce aspecto. El rancho parece va a derrumbarse como un navío que se va a pique. Sin embargo, todas las noches sopla el rudo viento y a la luz del nuevo sol, se engríe el guiñapo. La mendiga es vieja, muy vieja, su piel súrcanla las incontables y profundas arrugas del tiempo. Más que camina se arrastra sobre los pies y un trapajo descolorido abriga sus débiles sienes. Cuando sopla el viento se la ve agarrarse a la pared y en vasijas desportilladas, cuida de la mejorana y del romero. Posee un tesoro, una gallina que come en el hueco de sus manos descarnadas y a su requerimiento trémulo se abate, para que la lleven al nido.

En la misma vereda, sin más sombra que la que puede arrojar, un nopal salvaje con sus pencas rígidas, un rancho nuevo, sin hojas la puerta, como un esfuerzo detenido en mitad de su acción, alberga a los padres de Angustia y Eudoro, dos niños que sentados en el quicio de la puerta se les ve siempre juntos, como si tuviesen miedo de permanecer en el interior oscuro y negro. Ella es la más crecida, tiene

la palidez de la cera y posee unos ojos negros llenos de la inquietud del misterio. El es el más fuerte y está tostado por el sol de sus correrías en torno del nopal salvaje, pero al lado de ella embárgale una mansedumbre corderil. Viste andrajos, los calzones no fueron hechos para él y la blusa fué de seguro de su padre. Jamás conoció el calzado y sus ásperos pies crujen sobre los guaratarillos de la vereda.

La madre casi nunca permanece en la casa. Llega al caer de la tarde, tambaleándose, alcoholizada. El padre, que no es el de ellos sino de un hermano muerto al nacer, cerrada la noche, se presenta malhumorado, con la escasa provisión de la familia. Angustia sale a su encuentro. Eudoro va tras ella en la sombra. El no le quiere, sólo espera comience a mudar los menudos dientecllos para ponerle en servidumbre. Al llegar se acaba para Eudoro la alegría, es como la sombra de Angustia. Ella toma las provisiones y enciende la lumbre. Eudoro atiza y en la penumbra sus figurillas se agigantan. A veces, estrechándose el uno contra el otro, oyen atemorizados las imprecações y lamentos que salen del interior a oscuras. Son las bravatas de costumbre. La madre aparece desgreñada, hirsuta, los grita y amenaza en un continuo reclamo a su actividad. Angustia se multiplica. Deja de ser niña para convertirse en una mujercita hacendosa. Se empina sobre la punta de los pies pa-

ra cerciorarse del hervor de la cacerola o poder fritar en la cazuela. Sus manos cobran la agilidad de una persona entendida y mientras brilla la lumbre es el alma de aquel hogar miserable y desgraciado. Eudoro no la abandona, no se encuentra sin ella. En el afán de la cena, si sus cuerpos tropiezan, ella, sonríe bondadosa y le aparta suavemente. Y él, con la terquedad de un recental busca su calor.

Con los últimos resplandores de la lumbre, al retirarse los otros a su camastro, Angustia y Eudoro, uno frente a otro, ávidamente consumen la cena. Aguijales el hambre, el hambre loca, insaciada, de niños que nunca conocieron la abundancia. Eudoro engulle con la energía que reclama su resistencia. Angustia con un maternal desprendimiento cede a la voracidad del hermano parte de sus migajas. Las cede sin dolor, ya sin hambre, ante el hambre irresistible de Eudoro. Ella es toda ternura, pequeños sacrificios para con él, a quien ayudó a dar los primeros pasos y siseó en la oscuridad de las noches cuando se debatía en los trapajos que le sirvieron de lecho. No podía aún ella valerse por sí sola y ya era como la sombra protectora del otro, que hacía por asirse a la vida desesperadamente. Así se levantaban en su miseria unidos como dos gemelos. Eudoro no sabía de la vida más sino que existía Angustia, su madrecita Angustia.

A oscuras y a tientas iban al lecho. Y en las noches de miedo, de terrores infantiles,

cuando aullaba furioso el viento en los barrancos, o en las densas tinieblas se encendía el ojo a las aves nocturnas, sobreponíase Angustia a su terror y sin atreverse a mirar a los rincones ni abrir de una vez los ojos, tranquilizaba al hermano, quien abrazado a su cuello escondía la cabeza en su pecho, aún sin el calor de primavera. Mas con frecuencia, en sosiego dormíanse repentinamente, sonriendo a las estrellas que se asomaban por los intersticios de la techumbre o dulcemente arrobados, al tañir de la marimba, con que el indio bajo su lejano cobertizo, sin darse cuenta ponía en contacto su alma con el sagrado y místico recogimiento de la noche.

Al amanecer quedaban Angustia y Eudoro en completo desamparao. Ibase el padre a agenciar la vida. La madre, bajo cualquier pretexto, se alejaba. Y durante aquellas largas horas de soledad, cansados, aburridos de girar en torno del hogar, de correr a la ventura por la árida y tostada sabana, los niños terminaban por sentarse en el quicio de la puerta. Rendíase a poco Eudoro en el regazo de la hermana ante el sol reverberante. Angustia, esquivando el fúlgido resplandor, entornaba los párpados y adormecía. La brisa jugaba con sus cabellos y dejábale en el rostro la suave impresión de su aleteo.

Un día de gran bochorno, Angustia, adormeció profundamente, su pecho se agitaba con violencia y sus labios se entreabrían como

para dejar escapar un gemido que se ahogaba en la garganta. Con gran esfuerzo abrió los ojos desorientados. Su hermano dormía. Los ranchos vecinos rebrillaban al sol. La mendiga daba de comer en el hueco de su mano a la pintada. Los galavardos de la comadrona se entretenían bajo el cují. El indio golpeaba la tierra con su coa. En casa del arritranquero cortaban y cosían la recia lona del aparejo. Tuvo miedo, y púsose a hacerle cosquillas al hermano. Había visto unas cosas. Eudoro despertaba, retúvole sobre las rodillas, y comenzó a contarle:

Vió abrirse las cepas de betiber de la mendiga y salir una mujercita, que le hacía señas. La mujercita se paseaba y crecía, crecía hasta hacerse una señora. Cogió la escoba de la mendiga, la escoba de escoba amarga, y empezó a barrer. Soltó la escoba. Le hacía señas con la cabeza y con las manos y oyó que la llamaba, Angustia, Angustia. Entonces quiso gritar y no pudo. La señora estaba cerquita, muy cerquita, abrió los ojos y una mariposa era la que volaba sobre sus ojos.

Eudoro despavilaba.

—¿Una mariposa, Angustia?

—Una señora, Eudoro.

Y corrieron a casa de la mendiga a contarle lo ocurrido:

La mendiga sonreía, sus quebrantos permitíanle estar de buen humor. Cuando Angustia terminó de contar, dijola.

—Esas son visiones, cosas del sol, espíritus del aire, hadas.

Y en el fondo de su canasto solicitó un men-drugo, en cambio del cual Angustia le barrió y aseó la casa aquella vez.

Desde entonces Angustia vió hadas. Hadas que barrían, que prendían la lumbre y fritaban en la cazuela. Y Eudoro siempre que despertaba sobre el regazo de la hermana inquiría:

—¿No has visto a la señora?

Angustia contestaba convencida:

—Hoy no he visto ninguna, o bien, el hada estuvo fregando la cazuela.

Llegó a familiarizarse tanto la niña con sus visiones, que llamaba a las hadas sus amigas. Y en largas horas de abandono sentada en el quicio la puerta, cerraba los ojos convencida de que acudirían a hacerle compañía. Por las noches, poseíanle grandes terrores, pues de la llama de la lumbre veía surgir una mujercita toda azul, que se retorció. Eudoro no veía nada de estas cosas, pero creía en ellas porque Angustia las veía.

Angustia tornábase más pálida todos los días y sus ojos se llenaban de una certeza, de un mirar tan hondo y misterioso que parecía andaba por otros mundos. Una noche, al encender la lumbre, sintió tan pesada la cabeza que no la podía sostener sobre los hombros. Las manos, que lo hacían todo volando no daban con los corotos. Y por tres veces estu-

vo por caérsele la cazuela. La cena no andaba. Y la madre, furiosa, la golpeó tan fuertemente que la derribó. Eudoro pegado a la pared sentía el corazón salirse por la boca. No se acercaba por temor de que lo golpeasen, pero sus lágrimas corrían. Lloraba sin atreverse a gemir, lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas y formaban un pocito a sus pies. Al alejarse los otros, salió de su escondite y se arrojó en brazos de Angustia. Lloraba asido a su cuello. La niña tenía los ojos abiertos, muy abiertos y lucientes como un espejo. El lloraba sobre su pecho sin palabras qué decir. El mirar de Angustia era vago y visionario como si estuviese contemplando algún hada. Arrimado a ella, sin moverse, Eudoro, aquella noche a fuerza de gemir se quedó dormido sin cenar.

Al otro día al abrir Eudoro los ojos, asomaba por los intersticios de la techumbre, el sol, un sol rubio y cálido. Los otros ya se habían ido mientras ellos dormían. Se incorporó al lado de Angustia y principió a llamarla:

—Angustia, Angustia.

La niña mantenía los ojos cerrados, la cabeza descolgada hacia atrás y las manos sobre el pecho.

Eudoro continuó llamándola:

—Angustia, Angustia.

No respondía y Eudoro rompió a llorar con fuerza y desesperación. Lloraba y sus lágrima-

mas humedecían el rostro de la aletargada niña,

Percibía ella el gemir y el caer de las lágrimas y esforzábese por abrir los ojos. Sentía profunda pesadumbre por el lloro del hermano y trataba de incorporarse, pero todo su cuerpo hallábase como desgonzado. Dábase cuenta de cuanto pasaba a su alrededor, pero sus labios apenas se movían. Después de mucho hacer pudo sostener entre sus manos que ardían, las de Eudoro. Así permanecieron largo tiempo hasta que Angustia dejó escapar de entre las suyas, las del niño. Estremecíase en los trapajos. Sus mejillas eran rosas purpurinas y el aliento cálido, febril. Corría Eudoro de la puerta al lado de su hermana desosegadamente. No podía estarse quieto ni sabía lo que deseaba. Sentía hambre y sed, pero en la casa no había ni agua ni pan. Se encaminó a la casa de la mendiga. Llamó a la puerta primero con suavidad, después con desesperación. Pero la mendiga no contestaba, había salido a recoger su limosna. Se acercó a la casa del arritranquero, detúvose esperando volviesen los ojos hacia él, pero ni siquiera alzaron la cabeza, tan abstraídos se hallaban en su penoso trabajo. Temió arrimarse a la casa de la comadrona. Los chicos siempre que pasaba cerca le hacían correr a pedradas. Y el indio en su rastrojo dormía a la sombra bajo una cepa de cambures. Volvió a su casa y se tendió al lado de Angustia. Y al lado de ella,

como por encanto su hambre y su sed amortiguábanse. Pero entonces Angustia se incorporó delirante, los ojos desmesuradamente abiertos y las facciones desfiguradas, y empezó a pedir:

—Dame agua, dame pan.

Y Eudoro lloraba y repetía:

—Dame agua, dame pan.

La niña a su vez se puso a llorar, a llorar con un lloro tan triste y lastimero que todas las cosas parecían llorar.

De repente Eudoro dió un salto, cogió un tiesto y salió corriendo. El agua quedaba lejos, muy lejos, en un pocito en el fondo de la quebrada. Volaba, iba por agua para Angustia, no vió una piedra, tropezó y cayó. Y el tiesto que era de barro se hizo añicos. En la caída se había lastimado, una rodilla se le hizo sangre, pero aquella vez no lloró como cuando se caía en compañía de la niña. Cojeando con su gran peladura se volvió a la casa. Iba en busca de otro tiesto para ir por el agua. Al llegar a la puerta se puso a decir:

—No llores Angustia, no llores hermana que voy por el agua.

En ese momento divisó a la mendiga. Salió a su encuentro y la dijo:

—Angustia está enferma, tiene sed y en casa no hay agua.

La mendiga le dió su canasto para que se lo ayudara a llevar y por el camino preguntaba:

—¿Sabes tú lo que tiene Angustia?

—No señor.

—¿Tu madre no está con ustedes?

—No señor.

—¿No han comido?

—No señor.

Pobres criaturas, murmuró la mendiga y metió la llave en la cerradura de su puerta. Cogió el canasto de manos de Eudoro y lo colgó de un clavo. Se agachó bajo la cama, destapó una petaca y salió cantando su tesoro, la pintada. Después con un jarro de agua y unos mendrugos de pan echó a andar tras el niño. Como el rincón donde se encontraba Angustía, era el más oscuro de la casa, Eudoro la guiaba por la mano. La enferma respiraba fatigosamente. La mendiga la llamaba y no respondía. Eudoro se agachó a su lado y principió a decirla:

—Hermanita, hermanita, toma el agua, toma el pan.

La mendiga con gran trabajo en aquella completa oscuridad, logró arrodillarse junto a la enferma. Y con la mucha práctica de sus años, entre las palmas de sus manos, presas de la intranquilidad senil, sostuvo la cabeza de la niña y observándola se abstraigo como ante las páginas de un libro. Los ojos apagados de la anciana se llenaron de profunda tristeza. Y suavemente dejó caer en los trapos la cabeza de la enferma. Se volvió y dijo a Eudoro:

—Arrodíllate!

El niño no sabía hacerlo. Lo cogió de un brazo y lo enseñó a doblarlas. Y luego con voz temblorosa empezó a rezar lentamente. El niño no sabía, pero ella le obligaba a repetir sus palabras.

—Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen. Perdónalos, Señor.

Y una tras otra fué la mendiga desgranando las siete misteriosas y dulces palabras.

La oscuridad era profunda.

En la puerta resonó una voz:

—¿Dónde están los bandidos?

La borracha se acercaba en la oscuridad repitiendo:

—¿Dónde están los bandidos?

La mendiga respondió:

—Tu hija, mujer, tu hija, que se está muriendo.

La borracha soltó una estrepitosa carcajada.

Eudoro comenzó a gritar:

—Angustia, Angustia!!!

¡ AL CAER DEL CREPUSCULO!

ERA un cielo de mohomos floridos, un desvahimiento de violetas, el ocaso en la tierra aragüeña. Sobre las colinas recortadas idealmente en la vacua transparencia del éter, se extendía una tonalidad de heces de vino suave y sedosa como la piel de un animal salvaje. En las vegadas, bajo regadío, aisladas colinas emergen como islotes abruptos en el verde ondular de los cañamelares. Dilata su oscuro bosque el cafetal, lleno de claros, donde reposan como despojos de gigantes, los cañones y melenas de viejos árboles. Pacea el ganado en el potrero yermo un pasturaje de estío. Húndense los pies en el camino polvoriento. El galope de un caballo va dejando tras sí nubadas de polvo. Canta la chicharra en el bosque profundo y suelta un pío que es un reclamo o un alarma, el garcigonzales, que en vuelo aturdido se detiene en el varillaje maravilloso de un árbol desnudo.

Marcho siguiendo la huella de un camarada que me guía. Hablamos de literatura y religión, de política y sociología. Es un hablar de locos, sembrado de observaciones, quejas y anhelos. El hablar propio de venezolanos que viven para adentro, miran en silencio y ase-

chan la hora, esa hora que jamás llegó para algunos, pero que cada hombre tiene el derecho de esperar, para ver de ser convertida su inacción en acción, su palabra en hecho, su vida en triunfo o martirio, para que sea luminoso o adverso, pero siempre justo el destino, porque cada sér no es sino una ley que se cumple.

Ibamos en solicitud de un amigo, que en un predio cercano se dedicaba a la cría y a la ordeña. A lo lejos, divisamos la vieja casona, solitaria y erguida, con sus balcones sobre la ruta y su aspecto feudal y antiguo. Apuramos el andar, estábamos hambrientos de emociones. Queríamos sorprender al amigo en su faena, a la hora del cierre, galopando en la sabana tras las reses tardías. Tal era nuestro deseo: recrear los ojos siquiera con un simulacro de vivir antiguo de nuestros padres, semibárbaros, semisalvajes, pero lleno de vigor y violencia.

Estábamos a la puerta de la casona. Conocíamos la vieja escalera que conducía al segundo piso, donde el padre de nuestro amigo, un formidable soldado ingenuo y cándido como un guerrero de gesta, nos refería episodios de su guerrear sin tregua. Recordábamos con amor el formidable viejo; la casona, la comarca toda estaba llena de su épica personalidad. Aún su voz dormía en las cañadas y torrentes y la huella invisible de su sér parecíanos no haber abandonado las sabanas. El júbilo era

en nuestras almas y salvamos la maciza arcada de la puerta, con una íntima y fraternal salutación a los manes del héroe.

Clamamos por el vástago y golpeábamos con los bastones en el empedrado reclamando la urgencia. Con la sonrisa en los labios esperábamos verle asomar por cualquier parte, salir a nuestro encuentro agasajante, según la tradición heredada.

A las voces, gentes extrañas nos rodearon. Se volvían para vernos y sus palabras y sus gestos denunciaban su sorpresa.

Un mozo mal encarado, primitivo y hosco, contestó:

—¡No vive aquí!

Una anciana afable se adelantó y nos dijo:

—Hace tiempo no le vemos.

Todos los rostros parecían expresar:

—“Ahora somos los dueños, los dueños de la casona y de las sabanas. ¿No habéis reparado? Brillan los suelos y las paredes recién encaladas. La escalera tiene peldaños nuevos.”

A una indicación de la anciana, se nos presentaron asientos. Estábamos como cohibidos ante los nuevos poseedores. Pero a poco amistamos, con aquella ligereza sin preámbulos que caracteriza a las gentes campesinas. Charlábamos. La anciana insistía:

—¡Tomaréis leche para refrescar?

Nos excusábamos:

—¡Es tarde, es tarde! Se acerca la comida.

Replicaba:

—Entonces tomaréis cerveza. Un vaso de cerveza abre las ganas de comer. ¿Me despreciaréis?

Los ojos de mi camarada y los míos se encontraron.

—¡Cómo no aceptar!

La anciana ordenaba al mozo mal encarado.

—¡Cerveza para los señores!

No la había en la casa y hubo de buscarse en el poblado. La anciana entre tanto refería:

—Aquella adquisición era un ensueño realizado. Toda su vida fué campesina. No era de aquella región; en su tierra los campos siempre estaban verdes y el agua manaba por todas partes, pero cuando el hijo le participó la compra, se le alborotó el espíritu. No sabía estarse en la ciudad encerrada entre cuatro paredes sin poder criar una gallina. Ahora, sus cabras y sus pollos hacían su delicia. Tenía una cabra, una cabra que arrastraba la ubre. Cuando la mercó no daba una botella, pero se puso a cuidarla y ya daba tres y criaba dos cabritos. La nombraba: "¡Fastidiosa!" La conocía a leguas. Su hijo la llamaba de la ciudad, pero ella no quería volverse, sino perdurar en su campo, sin preocupaciones, distraída con sus animales.

Como conocedores, alabábamos nosotros aquel punto y aquellas tierras, pero en el fondo de nuestros corazones sombras de tristeza

se agolpaban al pensar en el amigo, y haciendo un esfuerzo por abandonar aquella habla llana y simple, estrechamos aquellas manos.

Nos alejábamos y aún desde la puerta nos despedían. Entonces recordamos que ni siquiera le habíamos dado nuestros nombres a conocer. Y tal vez fuese así mejor para ellos y para nosotros, porque a la hora de las añoranzas, reviviríamos ese instante en nuestras conciencias, en un crepúsculo de mahomos floridos.

Temíamos nos cerrara la noche en el camino. Un kilómetro nos quedaba de buen andar. Pero nuestros pies movíanse morosos por más que mutuamente tratásemos de estimularnos recordando la distancia que habíamos de recorrer. Y esto porque en nuestras almas se levantaba, como los vapores de la tierra al cielo, la melancolía. Pensábamos en el amigo y en aquel cambio de fortuna. Sufríamos, ¿por qué negarlo? Viéndole salir bajo aquella arcada de piedra, haciendo arrancar violentamente su caballo, en aparente y suprema indiferencia, con la sonrisa en los labios, pero interiormente cabizbajo y mudo como todos los vencidos de la vida y envolviendo en un mirar profundo y lastimero, como un adiós eterno, el ruinoso albergue y las quebradas sabanas, donde aún creíamos oír resonar la voz del viejo formidable reconviniendo paternal todo esfuerzo inútil, todo alarde moceril de los que recogían los ganados.

Ante la inestabilidad de las cosas humanas, asomábase a nuestras conciencias, como un presentimiento desconcertante y amargo, el temor a lo inesperado, cual si un soplo de recónditos prejuicios ululara sin tregua en nuestros oídos.

Marchábamos distraídos y meditabundos, recogido cada cual a su íntimo pensar. Siempre que descubríamos alguna casa a la vera del camino, nos deteníamos a preguntar por el amigo y respondían:

—¡Allá, más allá!

Y nos envolvían en un mirar curioso y desconfiado.

Entenebrecían las colinas. En cañadas y rincones la noche se cernía con una suavidad de gavilucho sobre la presa. El ocaso, en un supremo esfuerzo agónico, como una doncella que se incorpora en el lecho para morir, con un trémulo parpadeco luminoso, resplandecía en el trozo de cielo y las colinas que hasta lo último le acompañaron en su postrer agotamiento.

Nos acercamos a una venta sobre el camino. La eterna pregunta brotó de nuestros labios. Ya pensábamos dejar para otro día la visita. Mas, allí era. La dueña nos indicó un tranquero que al lado de la venta cerraba un largo callejón desolado.

Nos escurrimos por entre las varas sin correrlas. A poco la sabana espació ante nosotros, tostada y seca como un crial desierto

En el fondo, con un aspecto trágico, se distinguían unas ruinas: paredones derribados, pilares de piedra, que se alzaban como índices increpando a los cielos en la soledad del yermo. La angustia nuestros pechos inflama. ¿Qué habría sido del amigo? Nuestros ojos indagaban. Y hacíamos por dar a nuestros semblantes una serenidad cordial, temerosos de topar de súbito con el camarada. La misericordia era en nosotros, como si una fuente de infinita ternura manara de nuestros corazones.

Dejamos atrás aquella primera avanzada de ruinas y alcanzamos a ver el resto aún en pie del vasto edificio. Bajo un corredor que amenazaba desplomarse, tertuliaba un grupo de vaqueros. Fuimos hacia ellos. Al darse cuenta de nosotros, de un camastro de soldado se enderezó un hombre y a grandes zancadas atravesó el yermo para venir a nuestro encuentro.

A lo lejos no le reconocíamos. Mas, era nuestro amigo! La sonrisa habitual plegaba sus labios. Nuestros ojos cayeron sobre él ansiosos por arrancar a su semblante el estrago de la hora adversa, la inseguridad y desaliento que siembran en nuestros ánimos las irrupciones violentas e inesperadas con que se complace sorprendernos el destino.

Nos tendió las anchas manos, francas y cordiales. Todo él rebosaba energía y fortaleza. El robusto pecho se delineaba en la ajustada

camiseta. Acababa de recoger los ganados. Calzaba altos brodequines de baqueta forrados. Al cinto, en la ancha faja, relucían el revólver y el puñal. Y a mis ojos surgió su aspecto como el de un estanciero del Norte o un gaucho del Sur. Todo en él era decisión y atrevimiento. Y nuestro sentimentalismo fué a esconder sus temores desengañado y huido en lo más recóndito de su guarida.

Atravesando el yermo se detuvo y extendió los brazos para mostrarnos la amplitud de sus dominios.

—Todo lo que ustedes ven es mío. Ahora sí sé para quién trabajo. Allá no me atrevía a nada. El viejo no dejó sino deudas y embrollos.

Observamos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Trabajar y fundar.

Y su gesto era el gesto del viejo formidable hecho a dominar y a vencer en las batallas. El padre revivía en el cachorro de su raza. En el fondo de nuestro sér hubo como un derramamiento de exquisitas esencias. La fibra, la vieja fibra batalladora, no se extinguía en los cepadales antiguos. Aún podía surgir la Patria, soñada por los mayores; bastaba con que cuatro o cinco raigones, levantando la tierra, dejaran asomar sus brotes.

Nos fuimos a sentar entre los baqueros, quienes nos abandonaron el escaño. Una zamba saharena y de correctos perfiles, nos pre-

sentó sendas tazas de café. Bebíamos y no nos quitaba de encima sus ojos de talismán.

Devolvimos las tazas y mirábamos de soslayo al amigo, por descubrir su picardía. Pero su faz sólo revelaba una grave y varonil serenidad. Sorprendió nuestra malicia y le salió al encuentro.

—Toda esta gente es capaz de cualquier cosa, pero lo primero que hago es quitarles la voluntad. Aquí no se oye más voz que la mía: los trato recio, y a la hora de las gratificaciones soy espléndido.

Aplaudimos:

—Es esta la primera condición para que se nos respete y se nos ame.

Observó:

—Vivimos entre gentes que han perdido las virtudes domésticas y no poseen sino los apetitos de la tribu.

Alrededor de nuestro amigo todo era desolación y ruina, sólo él se levantaba como un brote enérgico, hecho para el arraigo y la vida. Nuestros ojos vagaban escudriñadores. Anoheció y nos levantamos para irnos. Arriados a los estacones del corral donde nos detuviéramos para ver los ganados, comenzó a hablar confidencial y su voz era suave, tranquilizadora y confiada.

—Sé lo que les pasa: les extraña mi situación. Temen ustedes por mí. ¡Valor, camaradas! Sólo me han quedado estos pedazos de sabana y me he refugiado en ellos para reha-

cerme. Mi padre poseía menos que yo, y se hizo rico, poderoso y renombrado. Yo soy joven y estoy sano y tengo aliento, un aliento infinito que me dice que he de arrancar a los míos de la miseria que nos amenaza. ¡Es la hora de trabajar y no pensar!

Su fisonomía se iluminaba y su voz se llenaba de calor y vida. Vino con nosotros hasta la puerta del callejón y cuando nuestras manos se estrecharon, el entusiasmo y la fe de nuestro amigo se habían apoderado de nuestros corazones.

TIEMPOS DIFICILES

CORRÍAN tiempos difíciles para las gentes humildes. Los mozos robustos y fuertes eran arrancados a sus hogares, como lo habían sido sus padres y lo serían sus hijos en cumplimiento quién sabe de qué ley ineludible y fatal en los pueblos incipientes, en el cotidiano afán de echar la basamenta del próspero futuro....!

¡Corrían tiempos difíciles...! Para entregarse a la labor las gentes campestres colocaban vigías en las bocas de los caminos y en los desechos sospechosos. Si el viento soplaba furioso entre los árboles, los ánimos sobresaltados creían oír en ello voces de alarma, alertas y disparos. Si algún caballo atado en lejano barbecho relinchaba al ventear hembra lozana, de súbito soltaban las herramientas y corrían presurosos a ampararse en los escondrijos de los montes, pues aquellos relinchos se tomaban por señales evidentes del sigiloso avance de marciales caballerías con el avieso fin de sorprenderles en la labor, merced a las quebras del terreno y tupidos herbazales. En tales días Remigio y Valentín, dos de los hijos de más edad de la señora Pilar, vivían como

tantos otros, a salto de mata, con la escardilla en la mano y la vista puesta en el oscuro y dilatado monte. Buenos muchachos eran los hijos de la señora Pilar, sanos y formalotes; el jornal íntegro no faltaban jamás de llevarlo a las manos de la madre, quien en las afueras del pueblo vivía, con cuatro hijos menores, de ellos uno varón, llamado Acisclo, y todos de crianza, pues Acisclo, que era el de más años, aún no le servía para traer el agua de la cercana acequia ni acarrearle la chamiza de lomas y cañadas. En sus buenos tiempos, en los días de gloria de su marido, la señora Pilar comía a manteles, pues a aquél no le faltaban sus posibles y gozaba además de un buen sueldo como mayordomo, para satisfacer con holgura las necesidades de los suyos y mostrar, como mostraba, grande empeño en hacer de los hijos, no rudos jayanes, sino mozos listos en materia de labranza y cosas de número. Pero a lo mejor, cuando más falta le hacía a la familia, al señor lo dejaron una tarde, para toda la eternidad, bajo un pilón de roja tierra, allá en el desarrapado cementerio del lugar, donde la cabra mora del señor cura y la pollina del comisario, brincan y saltan y se acarician sobre las yerbas piadosas que se multiplican sobre las tumbas en abandono.

Con ese lamentable suceso la señora Pilar hubo de venir a menos. Lo poco que poseía se evaporó en sus manos, y en tales ahogos se

vió, que por caridad le cedieron para vivir un rancho de la hacienda donde ejerciera el difunto la mayordomía, situado a la vera del camino y a boca de poblado. En tal estado la señora, no tuvo otro remedio sino quitar a los chicos la cartilla y buscarles jornal como braceros. Tal lote de vida el destino había deparado a la señora Pilar y a sus hijos. Mas ella con orgullo decía refiriéndose a Remigio y a Valentín: "A ellos no les da asco el trabajo para no dejarme sin salado, y lo que es Pilar, quebrantada y todo, se basta para los quehaceres de la casa y velar por todos". Así es que, contentos con su suerte, los chicos de la señora Pilar metían el hombro a la vida, recientemente, como que estaban en el verdor de sus años. Entre ellos no había desgracias mayores que lamentar, a no ser el recuerdo del difunto, que los años amortiguaban. Y respecto a alegrías, no escaseaban joropos los sábados y velorios de cruz en todo el mes de Mayo, por las tibias y aromadas noches. Vivían, pues, dichosos, alcanzaban una relativa felicidad, la de estar siempre hartos y contentos. Y si los mozos aspiraban a mayor bienestar de seguro era cónsono con su visión del mundo: a lo más, poseer tierras para unos cuantos almudes de sembradura; añádase una vaca, una yunta de adiestrados bueyes, una borrica prolífera y algún caballín de coraje con que trotar tras la penca de bravía res en los clásicos días de jolgorio del lugar. En esto de po-

seer alguna hacienda, creo que Remigio y Valentín andaban acordes y que la señora Pilar les daba ánimo y ejemplo, ahorrando, cuando se podía, algunos céntimos con qué coadyuvar a la futura dicha. No otra era la vida de aquellas honradas gentes labriegas, pero llegaron para ellas, como para todos los de su generación, tiempos difíciles. Y tanto los hermosos sueños de la choza, como los del alcázar, se aplazaron, o bien, como ascuas encendidas, fueron a alimentar la hoguera de los tiempos difíciles....!

Como las cosas marchaban mal y las comisiones y patrullas se cruzaban en poblado a caza de bisoños soldados, pobres destripaterrones que mueren sin dar con el gatillo, los hijos de la señora Pilar se veían en el caso de andar a ocultas, de esquivar el ir y venir de la casa al sitio de sus faginas, viviendo en los montes, y sólo los sábados, con muchas precauciones, aventurábanse a traer el jornal y a tomar las provisiones, que junto con la bendición, les guardaba la madre en casa. Mas, en una de estas ocasiones, el comisario que estaba urgido por llenar los números de una recluta, y que para salir de apuros tenía puesta la vista en Remigio y Valentín, por estar más a la mano y no ser muy afectos a su persona, les puso una celada con tanto acierto, que los mozos, a pocas varas del rancho, fueron salteados, sin que pudieran intentar escaparse aun a costa de recibir una descarga.

Sea porque el comisario quisiera evitar los ayes y lamentos de la señora Pilar, o bien porque temiera alborotar al vecindario demostrando con aquella recluta que las cosas iban mal, es el caso que convino con los salteados en que terminada la recorrida, los pondría en libertad; que todo se reduciría a acompañarle hasta las mismas doce, en las que les dejaría libre. Hecho el convenio, los salteados no pensaron sino en esas doce, en las cuales, de un salto, se pondrían en la casa, a la que no se arrimarían más, hasta que las cosas cambiaran.

Si eso pensaban los mozos, otros planes alimentaba el comisario. A golpe de doce ya los tendría a buen recaudo junto con otros que cayeran, encerrados en un cuartucho, que en el poblado hacía las veces de cárcel, y de allí sólo a superior correspondería ordenar para dónde los debía llevar.

Con la madrugada los patrulleros hicieron alto en la comisaría. Remigio y Valentín, aunque aquellas doce habían sido las más retardadas de su vida, suspiraron de gozo: pronto, más ligeros que el viento, estarían al lado de la madre, contándole la aventura y prometiéndole no dejarse atrapar otra vez por el comisario. Pero viendo que los preparativos a que se entregaba el comisario para ponerlos en libertad, no venían al caso, pues hacía montar guardia con patrulleros de su confianza a la puerta de la comisaría, en tanto que él

corría el cerrojo del cuartucho, un escalofrío crispó sus cuerpos y la angustia les oprimió el corazón. Mas en esto, llegó el momento en el cual el comisario, revistiéndose de toda su autoridad, dió la orden de acuartelarse la recluta en el calabozo.

Un profundo silencio reinó en aquel instante: todos aquellos hombres que reían y charlaban enmudecieron, y sin asomo de protesta alguna se doblegaron ante la voluntad del más osado. Sólo cuando llegó su turno a Remigio, el hijo mayor de la señora Pilar, la columna de reclutas hizo alto y esto porque el mozo, tímidamente se atrevió a decir en el umbral del cuartucho:

—Buena nos la ha jugado usted; nos prometió que a las doce nos soltaría y ahora nos sale con esto.

El comisario no le dejó terminar: de unos fuertes cintarazos lo echó a tierra.

Mas, si rápido fué el comisario, aún más lo fué Valentín, quien cerraba la fila entre dos patrulleros armados. Con el golpe al hermano, una oleada de sangre se le subió a los ojos y de un salto se llegó al comisario, acometiéndole con tal ímpetu, que a medias le echó abajo la cabeza de un solo tajo. Con aquella embestida el rebaño de reclutas se dió a la fuga....

Aquel inesperado suceso derrumbó la dicha de la señora Pilar. Remigio a causa de los golpes recibidos, no tardó mucho en sentir des-

moronarse a los brincos y cabriolas de la cabra mora del señor cura, el pilón de tierra roja que le ponía a salvo de futuras aventuras y, si no le perturbaron en su dulce paz los rebuznos de la pollina, gracias fué a que hubo de ser vendida para el enterramiento del comisario. De Valentín, la señora Pilar no tenía noticia, sus perseguidores no habían encontrado la más ligera huella en los montes vecinales.

En tales extremos se vió la señora Pilar, que hubo de repartir en la ciudad cercana a los tres niños y a duras penas conservó a Aciselo a su lado por no verse tan sola. La alegría, la salud y la fe en mejores tiempos, abandonaron a la señora Pilar; desde entonces para ella todas las aguas eran turbias, todos los cielos oscuros, todos los días malos. Con Remigio y Valentín había desaparecido la mitad de su vida y si se aguantaba con aquella pesada carga, era, bien lo sabía Dios, por los menores, aquellos pobres que no conocían sino los tiempos difíciles.

Aunque los años pasaban, de la cabeza de la señora Pilar no se apeaba el pañuelo a cuadros negros, como si fuera un símbolo a su eterno duelo. Y eso que las cosas habían cambiado: el pequeño Aciselo era ya un hombre tan bueno y formal como aquellos a quienes lloraba: el jornal de éste, como un tiempo el de los otros, venía a sus manos; trabajaba para ella, pero el muchacho que había crecido

en aquellos días malos, era hosco y huraño; le obedecía ciegamente, pero tenía el alma triste, no reía, no cantaba como los otros, no aspiraba más que a ganar su jornal.

Una tarde ya asomaban las estrellitas en el cielo, la señora Pilar en compañía de Aciselo tomaba el fresco sentada a la puerta del rancho, cuando un hombre se detuvo ante ellos. Su indumentaria era la de un mendigo: traía al hombro un saco de cobija con cuatro corcusidos en cada agujero y en una mano un machete. Al verlo la señora Pilar, se santiguó y abrió la boca desmesuradamente y Aciselo frunció el entrecejo y se puso a mirarlo como preguntándole: "¿Quién es usted?" Pero el desconocido, avanzando siempre, dijo con voz trémula:

—Yo soy Valentín....!

.....

La señora Pilar se mostraba más animosa. Valentín, quien no encontraba jornal todos los días por estar manco de los dedos de una mano y tener en una pierna constantemente abierta una úlcera, pasaba las horas sentado a su lado, sin dar descanso a la lengua. Valentín tenía muchas historias, había andado muy lejos y refiriéndoselas, la hacía reír. La mayor parte de aquellas historias se referían a su vida de soldado, pues en su ausencia, el hospital y el cuartel habían servídole de casa. Y como credencial, enseñaba un papel en el cual le daba el título de teniente un general

muy en boga entre las gentes de armas. Con Valentín pareció volver la vieja alegría a la casa, la esperanza y la confianza en ellos mismos. Tanto que un día dijo a la madre:

—¡Vamos! viejita, ¿por qué no trae a su lado a las muchachas que tiene en la ciudad? Todos juntos le meteremos el hombro al trabajo!

La señora Pilar le objetó que a su lado pasarían muchos trabajos, y él riéndose le contestó:

—Vieja, ¿no estoy yo aquí?

Y a la mañana siguiente fué en busca de sus hermanos a la ciudad.

Con todas estas cosas, el pobre Valentín pareció empeñarse en borrar de la memoria de los suyos el cruel y doloroso pasado.

Como a causa de su manquedad, Valentín andaba sobrado de tiempo, se aburría contemplando el agrio paisaje que rodeaba el rancho, enclavado en una estéril sabaneta, donde por un milagro se alzaban algunos guayabos bravíos y un tunal que lo ocultaba al camino con sus desairadas pencas. Pero Valentín tuvo un hallazgo que terminó con el fastidio. Registrando el pajizo techo que cobijaba al rancho, encontró metida entre la paja una historia sagrada del abate Fleury. Desde entonces, adiós aburrimiento....! Con gran ardor Valentín se entregó a la lectura de aquel libro. Deletreando a duras penas en voz alta mientras que afuera reinaba la calma, Valen-

tín leía a la señora Pilar, que echaba chazos y remiendos a la ropa de la familia, la historia del casto José, la peregrinación del pueblo de Israel y sobre todo, lo que más le encantaba, el fin del forzado Sansón. Su alma bárbara, gracias al señor Fleury, se tornaba bíblica y mística....!

La vida comenzaba a sonreír a la familia: la señora Pilar ahorraba algunos céntimos con qué ayudar los honrados planes de sus hijos. Para el próximo invierno, Valentín y su hermano romperían un trozo de aquella sabana para sembrar un maizal. El contento estaba con ellos. Ya se aventuraban a hablar de la próxima cosecha, cuando, inesperadamente, una hermosa mañana, al ir a entregarse al trabajo, Acisclo fué apresado. La noticia acabó con la paz del hogar, la señora Pilar no daba descanso a sus ayes y lamentos. Valentín, ante la consternación de los suyos, tomó su saco de cobija y su machete, que desde su llegada colgaban de un clavo asegurado en la pared y volviéndose a la señora Pilar, la dijo:

—Madre, voy a hablar con la autoridad a ver si lo sueltan.

Ya estaba formada la recluta en la plazuela del pueblo cabecera del Distrito, cuando se presentó Valentín, quien se dió a hablar con el jefe acaloradamente, mostrándole un mugriento papel, el cual no debía ser otro sino su título de teniente, al par que le mostraba

sus heridas. A poco el jefe se acercó a las filas y preguntó a Valentín:

—¿Cuál es el muchacho?

—Este, contestó señalando a Acisclo.

—Sal de las filas, ordenó el jefe al recluta, tu hermano se va conmigo.

En marcha se ponía el recluta, cuando Valentín dijo a Acisclo:

—A la vieja, que no se aflija, que cuando pasen estos tiempos difíciles volveré.

Desde entonces, la señora Pilar espera, junto con los buenos tiempos, el regreso de Valentín. ¿Acaso aguardando esos hermosos días, se habrá quedado éste, tendido en una loma, con los brazos abiertos en cruz y los ojos puestos en el diáfano azul de los cielos?